

chez, que está formado con la tropa de la Academia en lo que queda de patio, y que acaba de escuchar las palabras del general Franco y de Millán Astray, le pregunto:

—Y tú, corneta laureado, ¿a dónde quieres ir ahora?

—A luchar contra los rojos.

La misma petición que formularon casi todos los sitiados al recobrar la libertad. Anémicos, rotos, casi estelares, nadie pensó en la convalecencia. Su primer deseo expresado fué el de seguir luchando.

Pues ¿y qué decir de esos cinco ángeles de la caridad, que han permanecido sesenta y dos días sin desnudarse, descabezando su sueño en

una silla, siempre atentas y vigilantes a las llamadas de los enfermos y heridos?

Los hombres civiles refugiados en el Alcázar figuran repetidas veces en las órdenes de la Comandancia, por sus rasgos de valor; combatieron con la decisión y el garbo de los veteranos. Supieron resistir a la adversidad como cristianos y despreciar la muerte como héroes.

Guardias civiles, gigantes en las virtudes militares, indomables, que sucumben sin rendirse y que soportaron el peso del asedio; soldados de la Academia, que mantuvieron la tradición gloriosa del Ejército Español; y ese puñado de cadetes que acudieron presurosos

*Ruinas del gran patio del Alcázar. (Foto "Ediciones Españolas".)*

